



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

EST. TIP. DE LA VIUDA E HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. I.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL CABALLERO ENCANTADO

I

De la educación, principios y ociosa
juventud del caballero.

El héroe (por fuerza) de esta fábula verdadera y mentirosa, don Carlos de Tarsis y Suárez de Almondar, Marqués de Mudarra, Conde de Zorita de los Canes, era un señorito muy galán y de hacienda copiosa, criado con mimo y regalo como retoño único de padres opulentos, sometido en su adolescencia verde á la preceptoría de un clérigo maduro, que debía enderezarle la conciencia y henchirle el caletre de conocimientos elementales. Por voces públicas se sabe que quedó huérfano á los veinte años, desgracia lastimosa y rápida, pues padre y madre fallecieron con diferencia tan sólo de tres meses, dejándole debajo de la autoridad de un tutor ni muy blando ni muy riguroso; sábase que en este tiempo Carlitos se deshizo del clérigo, despachándole con buen modo, y se dedicó á *desaprender* las insípidas ense-

ñanzas de su primer maestro, y á llenar con ávidas lecturas los vacíos del cerebro.

Lo que se decía del señor Marqués de Torralba de Sisonés, padrino y tutor de Carlitos, es como sigue: Aunque el buen señor vivía en continuo metimiento con gente de sotana y hociaba con el Nuncio y el Marqués de Yébenes, estaba, como quien dice, forrado por dentro de tolerancia y benignidad, virtudes que no eran más que formas de pereza. Por esta razón gastó manga muy ancha con su pupilo, y no le puso ningún reparo para que leyese cuanto le pidieran el cuerpo y el alma, ni para mantener constante trato con muchachos de ideas arduas y atropellada condición, despiertos, redichos, incrédulos como demonios. Pero en estas menudencias ó chiquilladas no paraba mientes el Marqués tutor, caballero de cortas luces. A su ahijado no exigía más que un cumplimiento exacto de las fórmulas y reglas del honor, la cortesía, el decoro en las apariencias. Nada de escándalos, nada de singularizarse en sitios públicos; evitar en todo caso la nota de cursi; proceder siempre con distinción; divertirse honestamente; al teatro á ver obras morales, cuando las hubiere; á misa los domingos por el *que no digan*, y por las noches, á casita temprano.

Mayor de edad, se halló Carlos de Tarsis entregado á sí mismo, libre, con dinero, que es doble riqueza y libertad doble, ventajas realzadas por la personal belleza y elegancia. Mirando á lo del alma, aparecían en don Carlos las virtudes caballerescas, y además la gracia, el ingenio, el don de simpatía, y por úl-

timo, se despertó en él furiosamente el ansia de satisfacer todos los goces de la vida, sin poner en ello tasa ni freno.

El primer impulso de don Carlos, apurados los gustos de Madrid, fué irse en busca de los de París, donde se engolfó en diversiones sin cuento, y en los variados deleites de que es maestra la grande y espiritual Metrópoli. Bélgica, Londres y algunas partes de Alemania le tuvieron después de París, y en todos aquellos reinos y en la capital de Inglaterra, que forma como un reino por sí sola, gozó y estudió el de Tarsis, con más goce que estudio; pues éste fué siempre somero y sin método, hartazgo de ideas que se desmentían unas á otras, y atarugaban el cerebro de un picadillo de mil substancias diferentes. Cuando á Madrid volvía, encontraba el caballero á nuestra capital muy provinciana, como arrabal distante que recibía de lejos la irradiación de la cultura europea; pero se acomodaba sin esfuerzo al ambiente social de esta Villa, por los muchos amigos que aquí le bailaban el agua, por el sinnúmero de señoras guapas, de señoritas muy monas y de lindas muchachas plebeyas que son preservativo contra el aburrimiento, y por la franqueza democrática con que nos juntamos y comemos en este magnífico bodegón.

Al año siguiente fué don Carlos á Italia, en primavera, y en otoño á Viena y Budapesth. Otras partes de Europa hubo de recorrer viendo y gozando, hasta que, apaciguado su ardor centrífugo, le encontramos residente todo el año en Madrid, su patria, á los cinco ó más

años de su mayor edad y cuando no había llegado aún á los treinta de su existencia. Y es cosa probada que ya se le habían escurrido por entre los dedos todas las rentas y alguna parte de su cuantioso capital, motivado al lujo y refinamiento de sus regocijos en distintas tierras civilizadas. La civilización devora sin piedad á los que acuden á estudiarla prácticamente en sus ramificaciones más halagüeñas.

En la Villa del Oso hizo el caballero vida ociosa y descuidada. A sus amores con la Marquesa que honestamente llamaremos *de Equis*, sucedió el trapicheo con la viuda jovencita de un coronel, á quien por pudor llamaremos *Hache*. La afición de don Carlos al mujerío era una dolencia crónica, y como en los intermedios buscaba descanso á la vera del tapete verde, su bolsa iba enflaqueciendo por días. Sobre este particular le amonestó severamente el Marqués de Torralba de Sisonés, y tales razones reforzadas con ejemplos hubo de darle, que el aturdido prócer hizo propósito de enmienda y de sana economía, como cualquier burgués.

Y viéndole en tan venturosa disposición, Torralba tuvo la feliz idea de aplicar revulsivos al espíritu del caballero, llamando á otras partes menos peligrosas el humor maligno. Excelente distracción era la política. Pensado y hecho, arregló para su ahijadito una fácil acta de diputado en elección parcial. De la noche á la mañana, sin quebraderos de cabeza y con muy reducido gasto, ascendió Tarsis á padre de la Patria, llevando advocación ó estigma de cunero. Ni que decir tiene que To-

rralba le impuso la divisa reaccionaria y católica; y como estas recatadas doctrinas repugnarán al entendimiento de Tarsis, desviado hacia el radicalismo y la incredulidad por tanta insana lectura, el de Torralba le dijo: "No seas necio y déjate conducir al terreno firme, donde será fácil encadenar las hidras revolucionarias. En estos tiempos todo se puede ser menos cursi."

Buscando Torralba nuevos modos de distraer al chico de su vida licenciosa, discurrió afiliarle en una Orden de caballería, Calatrava ó Santiago, pues sólo con pensar en los trámites de la ceremonia para recibir el hábito, y en el traje, armas, reglas de la comunidad y demás pormenores de la vistosa mascarada, tendría entretenimiento para muchos días y una desviación de su espíritu hacia las cosas nobles y solemnes. Dejóse llevar Carlos á donde su padrino quería, y aunque interiormente se reía de tales pamemas y figuraciones, tomó el hábito, le fué ceñido el acero y calzada la espuela en función pomposa, con asistencia de gente alcurniada. ¡Y que no lució poco su airosa figura el Marqués de Mudarra! Los caballeros le vieron con envidia, las damas con admiración, y la Prensa le trompeteó de lo lindo. Pero él, que no podía ver en tal comedia más que un degenerado simbolismo de cosas que fueron grandes, se miraba y á los demás miraba con lástima, complaciéndose en exagerar la ridiculez de la vestimenta, que en los de mezquina talla era digna del lápiz de Goya. El manto blanco, los desaforados borlones y el birrete ochavado daban impresión de carica-

tura, no de la que regocija, sino de la que entristece. Era profanación de tumbas, traslado burlesco del antaño glorioso.

No se mordió la lengua don Carlos, hombre de mucha espontaneidad y franqueza, para decir á su excelso padrino todo lo que sentía. Anhelaba, sí, reformar su vida, pero no con ideas y elementos tan distantes de la realidad; á lo que replicó Torralba de Sisonés, rezonando, que él, conocedor del tiempo en que vivía, era la realidad viva, y puso fin á la controversia con su frase ritual: "Y sobre todo, hijo mío, no quiero verte cursi." En su reducido cacumen se alojaban pocas ideas, las cuales, por ser pocas, vivían allí con holgura.

Al mes de haber metido á Tarsis en la militar y caballeresca Orden, dió Torralba en la tecla de decirle y recomendarle que se casara. A su juicio, no había cosa de peor tono que permanecer sistemáticamente en soltería. Al se cuidaba de buscarle novia rica y de buenas partes, y para no cansarse en investigaciones, desde luego le propuso la hija única de los Marqueses de Mestanza, Mariquita ó *Mary* de Castronuño, riquísima heredera, buena chica, educada en Francia, de rostro no desagradable y figura esbeltísima. Entre las ideas elegantes de Torralba, descollaba la de que para fines de matrimonio no era menester hembra bonita; antes bien, la extremada hermosura era notoria impedimenta de la felicidad.

Sin rechazar ni admitir la idea ni la persona, Carlos se tomó tiempo para decidirse. A *Mary* conocía y trataba desde que la trajeron del colegio francés como de una fábrica

de muñecas. Ocasión había tenido de apreciar en ella una corta inteligencia, cultivada en la estepa de los elementales estudios de carretilla, y aderezada con todo el saber de cortesanas aplicables á su eminente posición social. A su insignificancia no faltaba ningún toque de purpurina para deslumbrar al vulgo selecto. En lo físico, *Mary* ostentaba un seno enteramente plano, tabla rasa por la cual resbalaban con desconsuelo las miradas del amor; un rostro afilado, sin otro encanto que la dentadura de ideal perfección y limpieza, ojos claros y mudos, cabello bermejo, gentileza de palo vestido ó de palmera tísica, y de añadidura un habla impertinente arrastrando las erres.

En las vacilaciones de Tarsis y en el aquél de pensarlo y estudiar el asunto, vió el de Torralba un indicio de que el galán apechugaría con la prójima desaborida y ricachona. En cuestiones de este linaje matrimoñesco mercantil, disparate estudiado es disparate hecho. Debe advertirse que el caballero, en el tiempo de su primer florecimiento juvenil, pensaba que jamás casaría con mujer de quien no estuviera ó pudiera estar enamorado. Pero ya con el rodar veloz de una vida intensa, se marcó la evolución de sus pensamientos hacia el positivismo. Y tanto y tanto le había sermoneado su padrino sobre las ventajas de no ser cursi, que al fin esta idea se le fué metiendo en la voluntad y acababa por ganarle.

Conversando sobre tema tan sugestivo después de hacer la corte á la niña de Mestanza con miras de casorio, don Carlos decía: "Qui-

zás la más bella flor del buen tono es mirar á la conveniencia en achaques de tomar mujer para toda la vida. La sensiblería pasa sin dejar huella, el amor mismo no es más que la entrada al pórtico del templo del hastío. Los intereses son, en cambio, la solidez y el asiento del vivir... La cifra del buen gusto es mirar á la cifra de numerario antes que á las caras bonitas, las cuales se ajan, mientras que el oro es perdurable, siempre bello y sabroso. Yo veo con admiración á los millonarios, no tanto por el dinero que tienen, sino por los beneficios que pueden hacer á la Humanidad. Son los lugartenientes de la Providencia. Observe usted, padrino, que la Providencia será lo que se quiera; pero cursi no es..”

II

Que trata de las amistades y relaciones del caballero.

Muchos y buenos amigos contaba Tarsis. Si de todos habláramos, se nos consumiría sin grande utilidad el papel de esta historia. Se hará enumeración sucinta de los más notables por su posición social, y de los que en altas, medianas ó bajas posiciones influían más directamente en la vida y costumbres del caballero. Los segundones de la casa de Ruydiaz, César y Jaime, eran los que arrastraban á Tarsis á los devaneos esportivos, al vértigo del automóvil, y á las cacerías ó juegos cine-

géticos, ajeteo vano y ruidoso. Aunque don Carlos ponía muy escasa atención en la cosa pública, designamos como amigos políticos á Luis y Raimundo Pinel, que le hicieron diputado, sacándole *como una seda* por un distrito de cuya existencia geográfica tenía sólo vagas noticias. Los Pineles eran sus maestros en el arte parlamentario, y le ayudaban á mantener la concomitancia caciquil con los manipuladores de la fácil elección.

Relaciones más sociales que políticas tenía Tarsis con otros individuos de la burguesía enriquecida en negocios de los que no exigen grandes quebraderos de cabeza: López Arnau, el flamante Marqués de Albanares, el de Casa la Encina, don Camilo Rodríguez Codes, don Alberto Samaniego, opulentos almacenistas, y otros que llegaron á la redondez económica, por inmediata herencia de padres laboriosos ó por combinaciones mercantiles favorecidas de la ocasión ó del acaso. Muchos de estos plebeyos enriquecidos ostentaban ya título de marqueses ó condes, y á otros les tomaban las medidas para cortarles la investidura aristocrática; que la Monarquía constitucional gusta de recargar su barroquismo con improvisados ringorranos chillones. Los villanos ennoblecidos recibían por título el lugar de su nacimiento, como don Alberto Samaniego, Marqués de Camuñas; ó bien, como don Blas Núñez Urruñaga, titulaban añadiendo un *Casa* como una casa á su primer apellido. Este buen señor, tonto de capirote y lleno de dinero, ganado en la compra-venta de granos y en la usura campesina, tenía un hijo despabilado, instruidillo,

de natural amable y risueño, Ramirito Núñez, que pretendía imitar á Tarsis en los modales, en la ropa, y en la personal y no estudiada soltura con que la llevaba. La imitación del uño y la simpatía del otro labraron cordial amistad. La diferencia de edades dió al Marqués de Mudarra superioridad en el trato de su amigo: le tuteaba, bromeaba con él y se permitía poner en solfa el título del padre, llamándole *Marqués de su Casa*.

Aficionado á las letras, Ramirito espigaba en ellas sin pretensión de fama ni de lucro, y á lo mejor se salía con alguna croniquita, ó arreglaba del francés tal cual pieza berrenda en verde, dándola con nombre supuesto en algún escenario de tercer orden. El teatro era su pasión. No perdía ningún estreno, y de estas duras batallas entre el público y los autores daba cuenta al amigo, que también era maestro y concluía siempre por tener razón en las peleas de crítica. Si vemos en Ramiro el amigo más grato al Marqués de Mudarra, el más tenaz y pegadizo era un sabio machacón llamado José Augusto del Becerro, que desde sus tiernos años se dedicó á la enmarañada ciencia de los linajes, á desenredar las madejas genealógicas, y á bucear en el polvoroso piélago de los archivos. Su apellido era una predestinación, pues el hombre sabía de memoria los *becerros* de todas las ciudades, monasterios y behetrías.

Las evacuaciones eruditas de Pepe Augusto en presencia del caballero escondían con poco disímulo el móvil de adulación, pues cuando le demostraba la ranciedad de su abolengo, sos-

teniendo que su primer apellido venía en línea directa de Tarsis, hijo de Túbal, nieto de Japhet y biznieto del patriarca y curda Noé, solicitaba directamente un socorro en metálico, que don Carlos nunca le negaba. Descender de Noé y no aprontar doscientas ó más pesetas para el amigo necesitado, sería desmentir la nobleza más rancia que se podría imaginar.

Aunque aparentaba interesarse en las cosillas heráldicas, Tarsis se reía interiormente de tales pamplinas; mas no era manco para socorrer al sabio genealogista. Se conocían desde la infancia. Becerro vivía con mil atrancos, y en días tristes faltó poco para que metiera el diente á los pergaminos de fueros y cartas pueblas; llevaba siempre á la casa de Tarsis una nota lúgubre, como estrambote de los embelecocos genealógicos. Tenía por familia una cáfila de hermanas de distintas edades, ninguna joven, y todas dañadas terriblemente en su salud. No pasaba día sin que alguna estuviese de cuerpo presente ó sacramentada. Era un coro de divinidades mortuorias agregadas á la siniestra trinidad de las Parcas; eran, por otra parte, una mina, según el provecho que el sabio sacaba de ellas y de sus tremendos achaques. Ya Carlos deseaba conocerlas y apreciar por sí el misterio de aquellas moribundas que jamás se morían.

Un día entró el ínclito Becerro con la bomba de que una de sus hermanas, después de puesta en el ataúd, había tornado á la vida, á un vivir lánguido y lastimoso, peor que la muerte. Otro día, viéndole llegar con cara fúnebre, Tarsis le dijo: "¿Cómo están tus herma-

nitas?, Y él: "Muy mal, siempre lo mismo. Todas mueren, todas viven..." Recibido el socorro, José Augusto rompió en estas explicaciones eruditas del apellido materno del caballero Tarsis. Descomponiendo y analizando el *Suárez de Almondar*, el maestro de linajes encontraba nombre y cognomen. El *Suárez* viene de *Suero*, y el *Suero* de *Asur*, nombre semítico sin duda. De *Aldómar* es corruptela del árabe *Abo l'Mondar*, que quiere decir *Hijo del victorioso*. Reunidos y entramados estos nombrachos con el Tarsis, resultaban en una pieza las claras estirpes de Sem y Japhet, hijos del excelentísimo patriarca Noé.

No era este amigo chiflado el que más continuo trato tenía con el Marqués de Mudarra: la intimidación mayor gozábala un sujeto llamado don Asensio Ruiz del Bálamo, á quien el caballero recibía y escuchaba todos los días, á veces mañana y tarde. Y con ser Becerro un poco vesánico y sablista empedernido, Carlos le soportaba y aun le quería, mientras que al otro, hombre sesudo y de claro juicio, le odiaba con toda su alma.

Explicación de esto: Bálamo era el administrador de la casa, el genio del orden, llamado á poner al caballero en contacto con los números, con las realidades de una existencia desconcertada. La primera visita de Bálamo á su señor era casi siempre matinal, cuando el galán se hallaba en el trajín de sus lavatorios, y de acicalarse y vestirse para ponerse guapo. Raro era el día en que el administrador no traía la cara feroz, anticipando con el ce-

ño y el mohín las malas noticias que llevaba. No hallaba manera de atender á los gastos del señor Marqués, que en cuatro años se había comido parte de su capital, y en los últimos había gastado el triple de las rentas de la propiedad rústica. Sus deudas crecían, amenazando con embeber pronto gran parte del acervo heredado. Bálamo se veía negro para contener á los acreedores, para exprimir á los colonos y sacarles las entrañas. Mas ni con estos actos de adhesión servil aplacaba la sed del señor, ávido de dinero con que atender á sus apremios suntuarios.

Tenía don Carlos dos automóviles para correr por el mundo, y había encargado á París el tercero, de *la mar* de caballos, pues no era justo que el Duque de Ruy-Díaz le superase en la velocidad de su traga-caminos. Por un lado el auto, las cacerías, el vértigo de viajes, francachelas y competencias deportivas, por otro el club enervante, las mujeres oferentes ó vendedoras de amor, daban tales tientos á la bolsa del caballero, que apenas llenada con fatigas por Bálamo, se iba quedando floja, hasta dar en vacía. No escuchaba Tarsis razones cuando en aprieto se veía. ¿Que las rentas no bastaban? Pues á subirlas. Ponían el grito en el cielo los pobres labrantes y elevaban al amo sus lamentos. Pero él no hacía caso: el tipo de renta era muy bajo. Los que chillen por pagar doce, que paguen veinte. El destripaterrones es un sér esencialmente quejón y marrullero: si le dieran gratis la tierra, pediría dinero encima. Gran tontería es compadecerle. Que labre, no como se labraba en tiempo de Noé, sino

á la moderna, sacándole á la tierra todo lo que ésta puede dar...

Un día entró Bálsamo á la cámara del señor cuando éste salía del baño, y poniéndose su careta más fúnebre le dijo: "Señor, los colonos de Macotera se han visto abrumados por la renta... Reunidos todos, me han notificado en esta carta que no pagan, que abandonan las tierras, y reunidos en caravana con sus mujeres y criaturas, salen hacia Salamanca, camino de Lisboa, donde se embarcarán para Buenos Aires. En el pueblo no quedan más que algunas viejas, fantasmas que rezando se pasean por las eras vacías."

No pudo el caballero afectar la tranquilidad que su orgullo le dictaba. Tan sólo dijo, envolviéndose en la sábana como un romano en su toga: "Si esto sigue así, también yo tendré que emigrar. En cualquier parte se está mejor que en esta España, que no es más que una pecera. Somos aquí muchos pececillos para tan poca agua." Cuando agarrotado de fieros compromisos, planteaba Tarsis la cuestión de buscar dinero á *raja-tabla*, sin reparar en sacrificios, Bálsamo ponía la cara siniestra que usaba siempre que se le mandaba explorar los campos de la usura. Volvía dos ó tres veces suspirante, maldiciendo á los *capitalistas*, y por fin, después de someter al señor á indecibles torturas, entraba con el dinero y la horrenda nota de la rebaja ó descuento. Con la alegría del respirar no paraba mientes don Carlos en el ahogo que para el porvenir le deparaba la operación. Decían lenguas envidiosas que Bálsamo sacaba de apuros á su señor

con el propio dinero de éste, al interés del 60 ú 80 por 100. Pero esto podía ser ó podía no ser. ¿Quién descubriría la secreta incubación de estos malvados negocios? Quizás Bálsamo pondría en ellos sus ahorros, tal vez los no-ahorros de su señor; pero la mayor parte salía de las arcas de un sujeto maduro y afable, llamado don Francisco La Diosa, que no solía dár en aquellos tratos la cara, y ésta la tenía muy plácida, frescachona y sonriente, cara ó muestra de una conciencia en perfecta serenidad.

Antes que amigo, don Juan de Castellar, Marqués de Torralba de Sisonos, era consejero y asesor económico del de Mudarra, aunque éste, la verdad, si recibía en sus oídos las advertencias del prócer, no les daba paso á la voluntad. Bueno será decir que el egregio Torralba se había labrado y compuesto desde muy joven una personalidad artificial, y con ella vestido supo medrar fácilmente en el mundo. Tomó desde luego las posiciones que creía más ventajosas, y le fué tan bien en ellas, que en su edad madura campeaba en primera línea entre los que anteponen á toda denominación el dictado de católicos. Con un catolicismo dulzarrón conquistó á su mujer, de quien hubo de separarse corporalmente á los quince años de casado, y viviendo en la misma casa no tenían trato ni ayuntamiento. La considerable riqueza de su señora le permitía vivir con decorosa holgura, presentarse como uno de los mejores ornamentos de la sociedad, y alardear de paladín de la Romana Iglesia.

De su viudez de hecho se consolaba la Mar-

quesa zambulléndose en las beaterías más complicadas y deprimentes: la que en su juventud fué mujer de poco talento, en los albores de la vejez se iba quedando idiota. Murió la infeliz señora dos años después de haber cesado Torralba en la tutoría de Tarsis. Ya sacramentada y á punto de quedarse en un suspiro, el director espiritual la reconcilió con don Juan. Este pasaba no pocos ratos junto á ella, y cuando ya el trance final se acercaba, la Marquesa requirió á su marido, y apretándole la mano le dijo con susurro místico: "Juan, para que yo me muera contenta, prométeme que morirás católico..." "Sí, hija mía; ¿pues cómo he de morir yo?—replicó Torralba consternado de dientes afuera, acariciando el crucifijo que la moribunda tenía entre sus flacas manos.—¿Cómo ha de morir el que ha vivido católico á macha-martillo y ferviente soldado de la Iglesia?...". La señora trató de echar de su boca una queja, una frase; pero no salieron más que las primeras gotas: "Sí; pero..." Minutos después entraba en la opaca región del Limbo.

De Torralba se decía que por docenas contaba los hijos naturales. Mas no era cierto. Esposas artificiales ó esposas ajenas sí tuvo en gran número; pero muy rara vez pudo la opinión burlar el sigilo de sus aventuras, pues nadie le igualó en cultivar el arte de las apariencias. Frecuentaba los actos cultuales de ostentación pontificia, y en sus paseos acompañábanle frailones extranjeros bien vestidos, ó caballeros ignacianos de capa corta. En los demás órdenes de la vida social, principalmente en el económico, era don Juan correc-

tísimo, ayudándole á ello la cuantía de las saneadas rentas que disfrutó y heredó de su entotecida esposa.

El triunfante caballero de Cristo gastaba en su persona y en sus recónditos recreos tan sólo un tercio de sus rentas; lo demás lo capitalizaba, formando una pella que sabe Dios para quién sería. No debía un céntimo; sólo tenía deudas con el Altísimo, de quien hablaba como se habla de un amigo de confianza. Debíale su conciencia, pues, con todo su catolicismo, Torralba se daba sus mañas para reducir los actos de penitencia á una hueca fórmula. Pero ya se arreglaría con su amigo el Altísimo cuando le llamaran á ocupar un asiento en el tren del otro mundo. Ya sabemos que ciertos privilegiados van á la eternidad en tren de lujo con *sleeping-car* y coche-comedor. Al despedirse de la vida en el fúnebre andén, dejando sus riquezas aplicadas al servicio de Dios, se les da billete de paso libre al Paraíso, sin las molestias de Fielato, Aduana ó Almotacén anímico.